

EL PREMIO NO SE LO LLEVA SIEMPRE EL QUE MÁS SE LO MERECE



Durante la Segunda Guerra Mundial, Irena Sendler trabajó en el Ghetto de Varsovia como especialista de alcantarillado y tuberías para hacer lo que pudiera por los judíos. Sacaba niños escondidos en el fondo de su caja de herramientas y llevaba un saco de arpillera en la parte trasera de su camioneta para los niños mayores. Los ladridos de un perro entrenado en ladrar a soldados alemanes ocultaban los ruidos de los niños. Consiguió salvar 2500 niños hasta que la atraparon y le rompieron piernas, brazos y le pegaron brutalmente. Irena mantenía un registro de los nombres de todos los niños que sacó y lo guardaba en un tarro de cristal enterrado bajo un árbol en su jardín. Después de la guerra, intentó localizar a los padres que pudieran haber sobrevivido y reunir a la familia. La mayoría habían sido llevados a la cámara de gas. Los niños a los que ayudó encontraron casas de acogida o fueron adoptados.

Irena fue propuesta para recibir el Premio Nobel de la Paz en 2008. Pero no fue seleccionada. Se lo llevó un señor por unas diapositivas sobre el calentamiento global. Y en 2009 se lo dieron a otro por sus buenas intenciones (decía Santa Teresa que el infierno está lleno de "buenas intenciones"). Irena Sendler murió en 2010. Tenía 98 años.

SACADO DE UNA VIÑETA Una niña se sienta en un parque junto a un anciano judío que llevaba unos números en la muñeca que le grabaron cuando estuvo en el campo de concentración.,

-Niña: Tengo que decirle, señor que el tatuaje de su brazo es sumamente aburrido. Es sólo un montón de números.

-Señor: Bueno, tendría tu edad cuando me lo hicieron. Lo mantengo como un recordatorio.

-Niña: ¡Oh! ... Un recuerdo de días más felices.

-Señor: No, de un tiempo en el que el mundo se volvió loco. Imagínate a ti misma en un país en el que tus compatriotas siguen la voz de un político extremista al que no le gusta tu religión. Imagínate que te lo quitan todo, que a toda tu familia la envían a un campo de concentración para trabajar como esclavos, y ser asesinados sistemáticamente. En este sitio te quitan hasta tu nombre para ser sustituido por un número tatuado en tu brazo.

Se llamó *El Holocausto*, cuando millones de personas perecieron sólo por sus creencias..."

-Niña: Entonces lo lleva para acordarse del peligro de las políticas extremistas.

-Señor: No, cariño. Para recordártelo a ti.

PRIMERA SANTA INDIA

Santa Alfonsa de la Inmaculada Concepción es la primera santa de la India, canonizada por Benedicto XVI en octubre de 2001.

Su nombre de bautismo: Annakkuty. Nació en el estado de Kerala en 1910 en el seno de una familia agrícola. Su madre murió cuando Annakkuty tenía sólo tres meses de edad.

El padre y una tía cuidaron de ella. Fue educada en la fe católica siro-malabar. Era muy guapa y el padre decidió casarla, lo que prometía ser un buen negocio. Ella no quería. Entró en las franciscanas Clarisas a los 18 años. Muy fervorosa, sacrificada, humilde.

De salud muy frágil. Dios le regaló experiencias místicas que, en buena parte, la hicieron sufrir porque muchos no llegaron comprenderla. Las graves enfermedades le impidieron ejercer labores apostólicas. No hizo extraordinarias acciones humanas.

El último año de vida se le detecta un tumor maligno que le procura muchos dolores. Murió el 28 de julio de 1946 con sólo 36 años. Su lema fue "Consumirse como un fuego para iluminar a los demás". Y se consumió rápida, intensa y completamente.

LA SILLA

Érase una vez un anciano que estaba muy enfermo. Su párroco fue a verlo. Apenas entró en la habitación, el párroco observó que había una silla vacía, colocada de una manera curiosa junto a la cama donde descansaba el enfermo. El sacerdote le preguntó para qué servía. Y con una sonrisa cansada, el hombre contestó: «Me imagino a Jesús sentado ahí en la silla. Justo cuando usted llegó le estaba hablando... Durante años y años, yo tenía dificultades para orar, hasta que un día un amigo me explicó que la oración consistía simplemente en hablar con Jesús. Por eso, pienso que Jesús está sentado ahí, frente a mí; yo le hablo y escucho sus respuestas. Desde entonces, me resulta fácil orar». Unos días más tarde, la hija de aquel anciano fue a la casa rectora; para informar al párroco del fallecimiento de su padre. Y le dijo: «Lo dejé solo durante dos horas. Cuando volví a su habitación, había muerto. Su cabeza descansaba en la silla vacía que quería tener siempre junto a su cama».

El Señor está presente en lo que nos ocurre y tal como nos ocurre. Y su presencia puede cambiar muchas cosas.

DAR LA CARA POR CRISTO

Con frecuencia, la experiencia de un cristiano de hoy en el mundo en que vivimos es la de alguien que está acosado. Te bombardean por doquier, tanto dentro como fuera de la familia. Te sientes interpelado para dar justificación a pecados reales o supuestos que la Iglesia ha cometido en sus dos mil años de historia. Además, te piden razones por las que la Iglesia mantiene esta o aquella ley moral, en contra de la presión ambiental. Y, por último, te hacen a ti, como creyente en Dios, responsable no sólo de los cataclismos naturales sino de aquellas desgracias que tienen su origen en la maldad del hombre. Ante esto, el cristiano tiende a encogerse, a rehuir el debate y, al final, a vivir su fe de una forma oculta, por miedo a la tormenta que se desata a su alrededor si la confiesa.

Pero tendríamos que hacer caso a los que nos han precedido, a los que vivieron en la época del martirio y fueron ellos mismos mártires. Por ejemplo, a San Ignacio de Antioquia, que fue martirizado en Roma y que no dudó en decir que, ante la persecución, no hacen falta discursos brillantes sino grandeza de alma. Y esto significa que, en este contexto hostil en el que vivimos, lo que tenemos que hacer es estar dispuestos a aceptar la humillación, la crítica o el desprecio. Todo antes que ocultar nuestra fe. Por lo demás, tampoco pasa nada por reconocer que no tenemos respuestas a todas las preguntas que nos hacen, o defender a la Iglesia como ha hecho Juan Pablo II: admitiendo que cometió errores, pero que tiene en su haber muchísimos más aciertos que fallos y que de éstos no suele hablar nadie.

SAN UBALDO Obispo (1084-1160)

Nació en Gubbio, Umbría (Italia), en el año 1084. Al quedarse huérfano, su tío se encargó de su educación. Fue ordenado sacerdote en 1114 y nombrado prior de la comunidad de San Mariano en 1118; en esta comunidad trató de devolver la disciplina según las Reglas Beneditinas. Durante estos años, sintió el deseo de hacerse ermitaño, pero fue animado a perseverar en su obra reformadora. En 1126 rechazó el episcopado de Perugia si bien se vio obligado a aceptar la dirección de su diócesis natal de Gubbio, de la que fue nombrado obispo hacia 1129. Desarrolló una labor pastoral muy intensa a lo largo de los 30 años de su pontificado. Impulsó la vida espiritual en su diócesis y desarrolló una importante labor social. Impidió el saqueo de las tropas de Barbarroja en el año 1155. Murió, tras dos años de dolorosa enfermedad, el 16 de mayo de 1160.

El que no piensa lo que hace y lo que le conviene hacer, anda en la vida como un coche sin dirección. El resultado está a la vista por desgracia en tantos y tantas. Porque el mundo es un laberinto, y los apetitos desordenados de cada uno son algo así como un loco de atar

UN LIBRO INCLASIFICABLE

Perteneciente a una noble familia, Antoine de Saint-Exupéry cursó sus primeros estudios en el colegio jesuita de Le Mans. Después de hacer el servicio militar en la aviación, en 1926 inició su carrera de piloto civil en la compañía Latécoère. Llevó a cabo diversas misiones, algunas de las cuales le inspiraron novelas como *Correo del sur* (1928) o *Vuelo de noche* (1931). Al estallar la Segunda Guerra Mundial, entró al servicio de las tropas aliadas. Esta etapa la reflejó muy bien en *Piloto de guerra* (1942). Posteriormente, se reincorporó a su antiguo grupo de vuelo y fue destinado a Cerdeña. Trasladado a Córcega, salió el 31 de julio de 1944 en una misión, en la que encontró la muerte.

La obra narrativa de Saint-Exupéry, caracterizada por la profusión de elementos autobiográficos, está dominada en gran parte por la aventura del vuelo, a partir de la cual el autor desarrolla una visión analítica de la vida del hombre contemporáneo, amenazado por el «demonio de la técnica». Pero el libro magistral e inclasificable por el que Antoine de Saint-Exupéry ha entrado a formar parte de la historia de la literatura universal fue *El principito* (1943). Un piloto sufre una avería en su avión y tiene que aterrizar en el Sahara. Allí se encuentra a «un jovencito estrafalario» que ha llegado de otro planeta: el principito. Conviven durante ocho días. A través de sus conversaciones, el piloto comienza a reflexionar sobre un cúmulo de cuestiones y descubre que el tesoro más grande que poseemos no es externo, sino que se halla dentro de cada uno de nosotros. Es decir, todo aquello que puede contribuir a hacer felices a los otros, como el amor, la amistad, la generosidad o la bondad. El auténtico sentido de la vida.

Éste es, a grandes rasgos, el argumento de un libro magistral e inclasificable, donde se funden inteligentemente la fantasía y la melancolía, la inocente mirada de los niños y el escéptico mundo de los adultos, junto a una crítica al individualismo y una apología de la alegría de vivir. El principito es un canto a la grandeza del alma humana. «He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos», le explica el zorro al joven protagonista.

Lo que hace grande a un escritor es su capacidad de decir grandes cosas con frases sencillas. Es el caso de Antoine de Saint-Exupéry.

